INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

El pulso de la vida

Grace Paley (Nueva York, 1922 – Vermont, 2007) se crió en el Bronx, «en una familia puritana, socialista y judía». Sus padres, judíos rusos ucranianos, hablaban en ruso y en yiddish; esa mezcla de idiomas y de sonidos fue para Paley una caja de resonancia donde el lenguaje era el vehículo para entender la vida.

Grace Paley. D. J. DAVIES

Estudió poesía con Auden, de él aprendió que cada escritor tiene su voz y es única. Escribió sus primeros relatos tarde, aprovechando una enfermedad que la liberó de atender a sus hijos unas semanas, y los publicó, tras varios rechazos, por casualidad: su vecina había estado casada con un editor que, forzado por el compromiso, los leyó y le entusiasmaron. Los publicó como 'Batallas de amor' en 1959.

Para Paley, solo escuchando y sintiendo lo que te rodea puede convertirse lo ordinario en extraordinario. Enseñaba a sus alumnos que «a un escritor le es útil tener dos oídos, uno para la literatura y otro para el hogar» y lo aplicaba en sus relatos, que condensan el sonido de la calle, de la gente del barrio, de su lenguaje y de sus costumbres. La obra de Grace Paley gira en torno a la vida cotidiana de las mujeres; las protagonistas de sus relatos son judías neoyorquinas, «aquellas a las que los personajes de Roth, Bellow y Malamud han amado y abandonado después», según escribió Margalit Fox en su obituario del 'New York Times'.

Desde muy joven tuvo un claro compromiso antibelicista y a favor de los derechos civiles. Se declaraba «pacifista combativa», convencida de que los pequeños pasos individuales son imprescindibles para que las grandes injusticias cambien. Fue detenida varias veces por participar en protestas y por colarse en los jardines de la Casa Blanca para colocar una pancarta antinuclear.

A la edición de sus espléndidos 'Cuentos completos' que rescató Anagrama el pasado mayo, se suman ahora sus artículos publicados por Círculo de Tiza. 'La importancia de no entenderlo todo' (traducción de Arturo Muñoz; prólogo de Elvira Lindo) recoge 28 textos con recuerdos familiares, experiencias de su activismo, análisis político y apuntes literarios con algunas hermosas reflexiones sobre el proceso de escribir. Su divertida crónica de los seis días que estuvo en la cárcel por protestar contra la guerra de Vietnam explica lo que fue Grace Paley: una mujer que usó su voz para denunciar las injusticias, que usó sus palabras para contar el pulso de la vida.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO PANAMÁ

La venganza de Cohen

Ahora que los homenajes merecidos a Leonard Cohen van fundiéndose poco a poco con ese crepúsculo que tanto amó, ahora que este 2016 de pesadilla para la música va terminándose pero sigue repartiendo zarpazos (Leon Russell se merece unas líneas y las tendrá), ahora, digo, me gustaría recordar una anécdota modesta del señor Cohen...

Leonard Cohen. HERALDO

Giraba el hombre por Norteamérica a pelo, sin banda de acompañamiento o con una guitarra que acompañaba sus desgarros y su poesía. No era un trago fácil para novatos pero ya por entonces la leyenda Cohen funcionaba y la admiración y el entusiasmo que su voz y sus palabras provocaban no estaba reducida a selectas minorías. Cohen tenía el respeto de exigentes audiencias.

Acababa de terminar su concierto en un teatro y se había retirado discretamente a las bambalinas mientras caía el telón y un público entusiasmado le ovacionaba puesto en pie y le pedía un bis con pasión . Mientras fumaba un cigarrillo y se preparaba para rematar la faena pasó a su lado un tramoyista de dicho teatro. Lo suyo eran las obras de teatro y algunos conciertos ocasionales pero desde luego ni sabía quién era Cohen ni conocía su cara. Había oído inevitablemente, mientras trajinaba en lo suyo, sus canciones pero no identificó en aquella figura triste y apoyada en el quicio de la mancebía al intérprete de aquella noche. Se acercó pues al canadiense y, buscando una cierta complicidad, le dijo al desconocido: «No sé por qué aplauden tanto... esa voz parece el zumbido de un avión...»

Cohen gustaba de recordar el momento. Y añadía: «¿Qué puedo decir? Era una opinión honesta...». Lo era, sí. Como él. Si alguna vez le subía el ego más de lo recomendable volvía a verse solo, fumando en aquel teatro y con una persona a la que ni su voz ni sus textos le habían impresionado lo más mínimo.

Siempre me gustó y me sorprendía su éxito porque Leonard Cohen no ponía las cosas fáciles. Nunca bajó el listón para que saltasen turistas pero todo el mundo era bienvenido. Años más tarde, en uno de sus temas más populares llegó la solución al misterio. Son las primeras líneas de 'First we take Manhattan': «Me condenaron a veinte años de aburrimiento / por intentar cambiar el sistema desde dentro / pero ahora he vuelto para vengarme. / Primero tomaremos Manhattan, después tomaremos Berlín».

So long, Leonard. Marianne te espera.